

finura madama de la Fayette, *aparentaba burlarse de ellos* (1); pero en el fondo de su alma todas estas locuras lo divertian, le parecian picantes, y esta aficion especial interesaba su corazon. Por otra parte, el ardiente valor de Lauzun, su galanteria romanesca y su magnificencia, le agradaban. Luis pensaba con razon, que un hombre tan brillante no podria ser ridiculo, aunque tuviera alguna singularidad.

Lauzun, despues de haber recibido la confianza del Rey, fué en busca de la Duquesa, con el objeto de solicitar una explicacion para el Rey; es decir, una cita, que fué rehusada. Lauzun se enfadó, se arrebató; pero nada obtuvo. Luis herido, verdaderamente afligido, no tuvo fuerza ni para sofocar, ni aun para disimular su pesar. El mismo dia padeció un acceso de fiebre, y al siguiente se halló tan débil, que no pudo levantarse: se juntaron los médicos, y declararon, que la enfermedad era grave. Al cuarto dia estuvo delirante, y no hablaba mas que de la Duquesa: la llamaba, la rogaba, y creyendo verla la hablaba (2). Ella sufría mas que él, pues tenia expeditas todas sus facultades. Lau-

(1) Véanse las memorias de madama de la Fayette.

(2) Pasage verdadero. Véanse las memorias de Bussy.

zun contándole estos pormenores, y exagerándole el riesgo de la salud del Rey, le despedazaba el alma, y se puso tan mala, que fué preciso sangrarla. Todos conocieron entonces, y aun los mas incrédulos, que la Duquesa resistia á la pasion que inspiraba mas de un año, aunque se hallase poseida de la misma: el estado del Rey y la tristeza profunda que le habia precedido, no podian dejar dudas en esta materia. La Reina Madre envió muchas veces á saber del estado de la Duquesa, y Madama tuvo el pesar de ver toda la córte vivamente interesada en la salud de su rival. El Rey recobró prontamente su conocimiento; Lauzun le dió esperanza, instruyéndole de todo lo que la Duquesa habia padecido, y prometió decidirla á que secretamente viniera á verle. En efecto, al dia siguiente se lo propuso á la Duquesa, persuadiéndola que la vida del Rey dependia de este paso; ella consintió. Al anochecer, Lauzun la condujo por corredores escusados; bajó una pequeña escalera, y por una puerta que se hallaba al fin, cuya llave tenia, la introdujo en el departamento del Rey (1). Este príncipe que la esperaba, se ha-

(1) Memorias de Bussy.

bía levantado para recibirla, no obstante que tenía mucha calentura todavía. Lauzun, sosteniendo á la Duquesa se acercó al Rey con un aire triunfante, puso la espada y huantes á sus pies, diciendole (1): Señor, sed siempre, y en todos los momentos, el depositario de mis sentimientos y de mi felicidad: quien no os ame así, no merece ser amado de vos. Despues de esta accion bizarra, que fué dar una especie de leccion á la Duquesa, se mantuvo Lauzun en una azotea que pertenecía al departamento del Rey. La Duquesa estaba tan turbada, que no tenía fuerza para articular una sola palabra: miraba al Rey, cuya palidéz y extenuacion le hacian cuasi desconocible. Luis conoció sin trabajo toda su ternura: no tenía necesidad de pintarle lo que había padecido, y el exceso de su amor: ella veía la prueba, y el sello impreso en su semblante y toda su persona. El se quejó dulcemente: cada una de sus palabras se insinuaban en el corazón de la Duquesa. Le pidió permiso para ir á verla en secreto; y obtuvo en este asunto el consentimiento que se le negaba tanto tiempo.

(2) La accion es verdadera. Memorias de Madame de la Fayette.

El temor horroso de causarle un trastorno funesto, destruyó en un instante los mas firmes y prudentes propósitos.... La Duquesa había hospedado en su cuarto á una parienta suya, que un mes ó cinco semanas debía estar en la córte: prometió á Luis recibirle, cuando esta partiese. El gusto y transporte de Luis, hicieron conocer á la Duquesa la importancia del imprudente empeño que acababa de contraer: no pudo contener sus lágrimas. „Ay, de mí exclamó: voy á perder mi reputacion y mi reposo; mas vivid, sed feliz!...” Diciendo estas palabras se levantó, llamó á Lauzun, y precipitadamente dejó al Rey.

Pocos dias despues de esta entrevista, el Rey recibió gentes, y despachó con sus ministros. Durante las cinco semanas de espera, para una cita tan deseada, con tanto ardor, y desde largo tiempo, hizo el Rey preparar magnificas fiestas, que debian durar cuatro dias, las cuales daba solo por la Duquesa. Pasado un mes se trasladó á París con toda la córte. La Duquesa conoció de antemano la intencion de estas fiestas; pero ignoraba el plan. Se hizo una plaza frente de las tullerías, dentro de un vasto círculo, que ha conservado el nombre de *la place du Carrousel*; es decir, la pla-

za de la Carrera. Se formaron cinco cuadrillas: el Rey iba á la cabeza de los Romanos; su hermano á la de los Persas; el Príncipe de Condé á la de los Turcos; el Duque de Enghien, su hijo, á la de los Indios; y el Duque de Guise á la de los Americanos.

Este Duque, nieto de Balafredo, era célebre por su empresa sobre Nápoles, por su prisión, sus dotes, sus profusiones, y sus amores novelescos: se decia de él viendole correr con el gran Condé: Hé ahí los héroes de la historia y de la fábula. Las reinas, y las damas estaban bajo de un docél. El conde de Saúlx, hijo del Duque de Lesdiguières ganó el premio (1) que recibió de manos de la Reina Madre.

Los que debian correr el segundo dia, tenían las costumbres de los antiguos caballeros. El Rey representaba á Roger; todos los diamantes de su corona brillaban sobre su vestido, y sobre el caballo que montaba: obscurecia á todos los señores de su corte por el esplendor de su magnificencia, y principalmente por la gracia y magestad de su figura. Los caballeros estaban precedidos de heraldos de armas, de pa-

(1) Siglo de Luis XIV.

ges, de escuderos que llevaban sus broqueles, sobre los cuales iban puestas sus divisas, y versos escritos con letras de oro, compuestos por Benserade. Antes de dar principio á los juegos, todos los caballeros desfilaron delante las reinas, y trescientas damas, que estaban colocadas bajo de arcos triunfales, soberbiamente decorados (1). La divisa del Rey hacia alusion á la modestia y hechizos de la Duquesa. Era una rosa entre abierta, y cubierta por mitad con las ojas; y estas palabras: *Cuanto si mostra men, tanto é piu bella* (2). Divisa que se habria podido aplicar á todas las jóvenes; pero que solo designaba una de las presentes. Pasando el Rey bajo los arcos de triunfo, ni miró, ni vió otra que la Duquesa; estaba sentada detrás de una de sus compañeras: el mas vivo encarnado embellecia su amable semblante, del que S. M. apenas vió la mitad; sin embargo, recogió una dulce mirada, y al momento inclinándose la Duquesa al otro lado, se ocultó enteramente; entonces el Rey, bajando los ojos sobre su divisa, allí encontró su imágen; porque la alegoria era perfecta.

(1) Siglo de Luis XIV.

(2) Quanto menos se muestra, mas bella es. Véase la recoleccion de divisas del P. Bouhours.

Cuatro veces obtuvo el Rey el premio de los juegos; él deseaba con ardor conseguirlo; combatía delante de la Duquesa. Mas no pudiendo recibir de su mano, los abandonó, y dejó disputar á los demás caballeros (1). Las otras fiestas se dieron en la parte de los Jardines de Versalles, que acababan de concluirse. Allí fué el Rey con su corte, compuesta de seiscientas personas, las que con sus criados fueron admitidas gratuitamente, del mismo modo que los que concurren á los aprestos de estos encantamientos. El Rey y la juventud de la corte representaron allí todas las divinidades de la fábula. Apareció un carro elegante, sembrado de rosas, en el que estaba Madama recostada, figurando a Aurora: en seguida salió el resplandeciente carro del sol, conducido por el Rey, representando á Apolo: este carro reluciente, y que centelleaba por su dorado, tenía diez y ocho pies de alto, quince de ancho, y veinte y cuatro de largo. Las cuatro edades de oro, de plata, de bronce y de fierro; los signos celestes; las estaciones del año (entre las que la Duquesa se hallaba en figura de Primavera), y las

(1) Siglo de Luis XIV.

Horas, seguían á pié este carro: todo estaba perfectamente caracterizado. El último carro que era el de Diana (representado por la Reina) rodeada de sus ninfas, terminaba esta especie de marcha: este era de plata, decorado con guirnaldas de adormidera: la noche, y los sueños ligeros la seguían (1). La Reina Madre y demás espectadores, estaban bajo de arcos de follage y de flores, adornados con quinientas arañas de plata, y de cristal, con multitud de bugias que hacían, en medio de la noche, aparecer la claridad de un hermoso día. Una balastrada dorada cerraba este vasto recinto, que corrieron todas las divinidades del Olimpo muchas veces lentamente en el orden que acaba de referirse. Durante este tiempo, una numerosa orquesta, colocada fuera del circuito, tocaba una música instrumental y vocal. Las expresiones de los aires, cantados en coro, compuestos para la fiesta, estaban llenas de alusiones delicadas y picantes, sobre las personas que representaban las deidades de la fábula, y sobre las pasiones que animaban el corazón. De cuando en cuando cesa-

(1) Este carro caracterizaba mejor que los demás el misterio de la fiesta. ¡Oh Reyes! ¡Oh adulaadores!—*El Traductor.*

ba la música, la marcha se detenía, y uno de los actores, formando una especie de pequeña escena, recitaba versos hechos para la Reina, ó para las princesas. Benserade acercándose al carro de Apolo, dirigió al Rey el siguiente.

Je doute qu' on le prenne avec vous sur le ton

De Daphné ni de Phaëton (1)

Lui trop ambitieux, elle trop inhumaine;

Il n' est point là de piège on puissiez donner

Le moyen de s' imaginer

Qu' une femme vous fuie et qu' un homme vous mène!

Dudo que se entienda con vos sobre el tono

De Daphen ni de Phaeton,

El demasiado ambicioso, ella demasiado inhumana;

No hay allí lazo donde vos podais dar

El modo de imaginarse

Que una muger os huye, y un hombre os conduce [1].

Concluidas estas correrías, y llegada la noche, se encendieron las arañas; y á mas cuatro mil gruesos hachones, acabaron de esclarecer el espacio donde se daban las fiestas. Una montaña movediza, artísticamente iluminada, cubierta de verdura, de floridos arbustos, y de las divinidades de los bosques, se acercó hácia el recinto, al son de instrumentos campestres. Descendió de

(1) Siglo de Luis XIV., y obras de Benserade.

ella el dios Pan, seguido de las amadriadas de las ninfas de las praderias; y una tropa de zagales, que formaron un baile, y en seguida dispusieron las mesas: las ninfas que no habian danzado, pusieron sobre aquellas lo que producen las campañas y las florestas de mas delicioso. Despues de la merienda se levantaron las mesas, y la montaña se transformó en un teatro repentinamente, donde se representó por primera vez *la Princesa de Elide*; pieza de Moliere, que ofrecia un hermoso espectáculo de divertimientos variados, y por otra parte llena de rasgos finos y selectos, que debian agradar á tal asamblea. El dia siguiente se pasó en fiestas de diferente especie; pero mas magníficas. Se hicieron dentro del parque muchas tiendas, llenas de alhajas y diamantes, comprados por el Rey, y todas las damas fueron convidadas á elegir lo que les era mas agradable entre ellos. En seguida, se hizo un espectáculo para dar el verdadero brillo á esta fiesta, y fué la primera representacion del *Tartuffe* (1). Cuando (2) las fiestas presentan la reunion de todo lo que la magnificencia puede ofrecer de mas brillante,

(1) Hipócrita.
Tom. I.

(2) Siglo de Luis XIV.
10

y la galanteria, el talento y el génio, pueden producir de mas lucido y encantador, tales diversiones, tan ingeniosas y tan nobles, dejan una eterna memoria, aunque la razon deba vituperar sin duda tales prodigalidades (1); mas en este reinado sirvieron al menos para animar los talentos y perfeccionar las artes: lejos de inspirar, en general, la pasion del lujo, infundieron disgusto á todo lo pequeño y mezquino; la puerilidad del gusto es la que arruina á los particulares. Esta alta magnificencia de Luis no tuvo ninguna odiosa influencia sobre sus costumbres; porque era superior á toda imitacion: este príncipe tan grande, en todo se hacia admirar, pero era inimitable. A mas de esto, era imposible que los particulares, aunque prodigasen sus

(1) Así consumen los reyes absolutos el sudor de los pobres vasallos, en fomentar sus vicios, y hacerlos brillantes. ¡Y cual es el fruto para la nacion? ¡Y se quiere absolutismo, y no monarquía moderada? Sí: porque este es el voto de los que sacan partido de los abusos del Príncipe, de los egoistas, aduladores, inmorales, hombres dignos de ser vasallos del Emperador de Constantinopla. Esto mismo sucede con los que predicando libertad, la destruyen, ollando todos los derechos de la sociedad, de que se constituyen peores tiranos que los mismos reyes, tanto cuanto excede la demagogía á la tiranía.—*El Traductor.*

tesoros, tuviesen á sus órdenes personas que arreglasen y dispusiesen tales fiestas, como Racine, Moliere, Quirault y Boileau (1).

En medio de estos encantamientos, de estas seducciones multiplicadas, y de aquella especie de embriaguéz que debia experimentar la que era objeto de estas suntuosas fiestas, se acercaba el Rey con continuacion á la Duquesa, y le recordaba la entrevista secreta prometida. Ella no olvidaba este empeño imprudente, mas ¡cómo traerlo á la memoria!....

A los dos dias entró el Rey secretamente al cuarto de la Duquesa; pasó dos horas con ella; estuvo siempre respetuoso y reservado; pero no reprimia ya la expresion de sus sentimientos. Por la primera vez no se atrevió á imponerle silencio; le respondió contra su voluntad, y sin saber lo que decia. ¡Se comprende uno á sí mis-

(1) Aunque los particulares no pueden competir con el fausto del Soberano, lo hacen siempre excediendo sus facultades; porque los cortesanos siguen el gusto y aun los vicios del monarca; de consiguiente, este afecto al lujo en los reyes, necesariamente trascendental á toda la córte, que solo trata de agradarle, es la ruina del estado; porque consume sus rentas, y las de la grandeza con especialidad.—*El Traductor.*

mo, ó, al menos, conoce la fuerza de estas palabras involuntarias, que se escapan de lo interior del corazón? ¿No se sabe que una mirada, una sonrisa, un suspiro, descubren su pensamiento el más íntimo?.... Cuando la Duquesa se encontró sola, le fué imposible resistir las reflexiones que se presentaron de golpe á su espíritu. Acababa de conceder una cita, y de indicar otra; de participar y autorizar una pasión criminal.... Cada una de estas ideas excitaba en ella un temblor y una emoción dolorosa, que parecían disipar todo el encanto del amor: después de un paso tan culpable, y con una alma tan pura, no podía equivocarse: la luz resplandeciente y terrible, producida por los remordimientos, desvanece las ilusiones más agradables. No confió ya de sí misma; había perdido este derecho: se vé en el borde del abismo; no hay prestigio, por seductor que sea, que le oculte su profundidad; mira bajo sus verdaderas facciones la vergüenza y el arrepentimiento. ¿Qué esperanza de felicidad podía unirse á esta imagen horrorosa! Ella no conservó de su pasión sino una sensibilidad que se hizo insuperable: el amor, despojado de sus encantos, podía tiranizarla; mas no seducirla: vencida, sin ser engañada,

solo le quedó un funesto error. Se decía: *Si huyo ahora, el Rey no sobrevivirá á mi pérdida!* La virtud me indemnizará; pero nada le consolará en mi abandono: morirá!.... Este pensamiento fijó su destino.... Toda esta noche la pasó en su cuarto. Llegó la hora de recogerse, y al desnudarse quitó de su cuello la cruz de cristal que había recibido de su madre expirante, y exclamó: ¡ó tesoro, que me eras más caro que la vida! yo te he profanado: tú debes abandonarme con la inocencia!.... Ya no me es permitido cargarte; pero todos los días te regaré con amargas lágrimas de arrepentimiento!.... (1).

El Rey debía volver al día siguiente. La Duquesa estuvo mil veces para escaparse de la

(1) La conducta de la Duquesa nos manifiesta dolorosamente como se corrompe nuestro corazón, por grados, y conservando el conocimiento de todas las ventajas que proporciona la virtud. Ella tuvo resolución para huirse de la Corte, y resistirse fuertemente en el claustro de Chaillot; y si cedió, fué por credulidad á las ofertas del Rey, *de que respetaría siempre sus principios*. Ésta misma, conociendo la gravedad de su falta, y experimentando un terrible castigo, antes de consumarla, solo por los remordimientos no tiene valor para evitarla. La religión, su honor, su tranquilidad, todo perdió su fuerza, y desprecia tan incomparables bienes en el momento mis-

Cóрте en aquella mañana, é ir á buscar un asilo en Turena. Una carta muy afectuosa del Rey le quitó todo su valor, y le impidió fijar su irresolucion: le vió en el cuarto de Madama; su presencia, sus discursos, sus maneras le infundieron un género de confianza; engañó su conciencia agitada, prometiendose hablarle con franqueza, con energía, y solicitar su permiso para retirarse por algun tiempo. Una hora antes de la emplazada subió la Duquesa á esperarle, durante la cual experimentó la agitacion mas violenta y penosa. Cuantas reflexiones habia hecho la víspera, se agolparon confusamente á su imaginacion: se admiraba de su temeridad; no podía estar en un lugar: se levantaba, recorría su habitacion, echaba los ojos al relox, y veía con estremecimiento aproximarse la hora.... el menor ruido la hacía sobresaltarse. ¡O tormento de un amor ilegítimo! exclamaba, volviendo á seatarse. ¡Ah, si yo hubiese previsto todo lo que sufro! ¡qué esfuerzos no habria hecho para prevenir mi pérdida? Pues qué ¿no es tiem.

mo que conoce su desgracia por abandonarlos. ¡Y qué la determina á tan gran sacrificio? ¡*El Rey no sobrevivirá á mi pérdida?* ¡Qué engaño! ¡Así nos ocultámos nuestros propios deseos!—*El Traductor.*

po todavia? Mas ¡quién me arrancará de aquí! Sola, abandonada, en vano busco el apoyo de una mano auxiliadora!.... La fuga es imposible! Pronunciando estas palabras, y dirigiendo en contorno confusas miradas, oyó unos pasos lentos, y sintió que su puerta se abria: poco faltó para desmayarse: era el Rey. Su turbacion extrema y su miedo, animaron al Rey: éste supo aprovechar todo el ascendiente que le daban en esta situacion el amor, el temor, y la timidez que inspiraba. Víctima de su imprudencia, y conservando todos sus principios, sacrificó la Duquesa la virtud: esto fué inmortalarse ella misma.

Cualesquiera que sean los caprichos de la suerte, no hay en la vida mas que una sola revolucion, verdaderamente gravosa y terrible; esta es la que debe producir en un corazon sensible y generoso la accion criminal que acaba de romper todos los vínculos del deber. ¡Qué horroroso es perder en un instante el derecho feliz de estimarse á sí mismo; de mirarse y desconocerse; de encontrar en oposicion sus opiniones con su conducta; de tener aún todas las habitudes de la virtud, y verse empeñado en la senda del vicio; de compararse con horror á lo

que uno era la vispera; de no poder echar sobre lo pasado sino una ojeada de envidia; y no pensar en lo futuro sino con espanto!.... En el infortunio se puede gozar cualquier encanto, recordando los rápidos dias de la felicidad; mas la memoria de la inocencia, llena de acibar los tormentos del culpable: parece que se hace extraño á sus mismas acciones pasadas; ellas no pueden ya honrarlo; él las desmiente, abjura de ellas.... ¡qué digo? ellas le condenan!.... Qué situacion! Qué trastorno de ideas! Qué agudo dolor del corazon! Y ¡qué tiempo se necesita para acostumbrarse á sí mismo, esto es, para soportar, sin desesperacion, tan horrenda trasformacion!.... La Duquesa, humillada por su propia falta, no opuso ya á la malignidad de sus enemigos y al trato imperioso de Madama, sino profunda humildad. Hasta entonces habia mostrado una dulzura, mezclada de fortaleza, que habia reprimido el deseo que tenian de darle todo género de disgustos. No hallándose sostenida por su conciencia, y no teniendo calumnias que repeler, se encontró sin defensa contra el ódio: su abatimiento, y el cambio patente que se observó en sus discursos y en toda su figura, dieron lugar á que se pensase, que el

Rey se habia entibiado, ó debilitado su amor; pero bien pronto se convencieron de lo contrario: examinaron, y expiaron los pasos de Luis; reflexionaron, y al fin descubrieron la verdad.

La Duquesa se lisonjeaba poder ocultar su debilidad; ella quiso, al menos, que ninguno la supiese con certeza. Mas ¡qué sintió cuando, pasados algunos meses, conoció que cargaba en su seno la prueba de su deshonor?.... Luis no pudo calmar su desesperacion, sino persuadiéndola, que este secreto era posible de guardarse para siempre, usando de perfecta prudencia; ninguno estaba en él, ni aun los mismos domésticos de la Duquesa. Luis prometió formalmente no confiarlo á Lauzun; y cumplió su palabra. A pesar de esta discrecion, y las precauciones mejor tomadas, la inteligencia misteriosa de los dos amantes no se ocultó á las miradas penetrantes de Madama y sus amigos, y, de consiguiente, toda la corte conoció sus sospechas, que fueron confiadas como cosa cierta: solo la Reina conservó una entera ignorancia en esta materia: hubiera sido muy peligroso hablarle claramente; el Rey lo hubiera sabido, y esto era concitarse el ódio mas peligroso. Se trato; pero sin écsito, de instruir á

la Reina, sin comprometerse, por palabras equivocadas, por este aire misterioso y miradas estudiadas, que dicen tantas cosas. Algunas veces parece que compadecían á la Reina, mirando á su rival: suspiraban, se encogían de hombros, y afectaban tratar á la Duquesa, en su presencia, con una frialdad notable; Madama, sobre todos, mostraba entonces á esta desgraciada un desdén irritante. La Duquesa se ponía pálida, bajaba los ojos, y devoraba sus lágrimas; se conocía en su semblante, que ninguno de los tiros, dirigidos contra ella, eran perdidos; todos le alcanzaban; sin que fueran rechazados, y despedazaban este corazón sensible y fuerte, que juzgándose el mismo con tanta severidad, creía merecer estos ultrajes, y los soportaba siempre con dolorosa resignación, sin poder jamás acostumbrarse á recibirlos. Todas estas malignidades no instruyeron á la Reina del secreto que quería descubrirsele: ella estaba zelosa de la Señorita de la Mothe, por quien el Rey habia manifestado inclinación; y esta preocupacion, que duró largo tiempo, preservó á la Duquesa de sus sospechas. Madama, y su amiga la Condesa de Soissons, cólericas con la inutilidad de sus esfuerzos por abrir los ojos á la Reina, consultaron, en una

junta secreta, al Conde de Guiche, y el Marqués de Vardes, el que propuso la mas peligrosa extravagancia; pero esperaban que esta accion tan negra perdería á la Duquesa; y el ódio, mas imprudente que el amor, no vaciló en aprovechar un medio que le prometía pronto suceso. Madama tenia una carta del Rey de España, padre de la Reina, imitaron la letra, y compusieron en español otra carta supuesta del mismo Monarca á su hija, en la que se hallaba detallada toda la intriga de Luis y la Duquesa; y concluía exhortándola que pidiese á Madama enviase á la Duquesa á su provincia (1). Reflexionaron que con el tiempo sabría la Reina que esta carta no era de su padre; pero se lisongearon, que siendo ella la burlada, no descubriría sus autores; que se quejaría á la Reina Madre, tan respetada del Rey; que exigiría el embio de la Duquesa; y que despues de tal suceso, ésta tan dulce, tan tímida, y penetrada de su falta, no se atrevería á parecer mas, y se ausentaría para siempre de la córte.

Si no se conociese la funesta influencia que puede tener sobre caracteres violentos una am-

(1) Histórico.